

EL SIGUIENTE MATERIAL TIENE
DERECHOS DE AUTOR
POR LO QUE SE SUGIERE QUE EL
MISMO NO SEA REPRODUCIDO NI
USADO CON FINES DE LUCRO.
UNICAMENTE PARA FINES
EDUCATIVOS Y DE INVESTIGACION



Revista del Centro de Estudios Folklóricos.
 Universidad de San Carlos de Guatemala.

Impreso Serviprensa Centroamericana

70.36
 T675
 # 21-22



TRADICIONES De GUATEMALA

Revista del Centro de Estudios Folklóricos.
 Universidad de San Carlos de Guatemala. **21-22**

EL DESTINO EN LOS CUENTOS POPULARES DE GUATEMALA

Celso A. Lara Figueroa

1. El Leñador

“Un día un hombre pobre estaba cortando un árbol podrido a la orilla de un río, y el hacha estaba floja; entonces a los cinco hachazos, el hacha cayó al río y el hombre se puso a llorar.

—Ay, ya perdí mi hacha.

Entonces, iba pasando un viejito y le preguntó:

—¿Por qué lloras, mi hijo? —dice.

—Porque se me cayó el hacha al río.

—No llores, yo te la sacaré.

Entonces, se quitó la ropa y se tiró al agua. Sacó primero una de oro y le dijo:

—¿Es ésta?

—No.

De ahí sacó una de bronce:

—¿Es ésta?

—No.

Sacó una de plata.

—¿Es ésta?

No.

De allí sacó una de hierro y le dijo:

—Es ésta?

—Sí —le dijo.

Salió del agua y le dijo:

—Guarda esta hacha, en un cofre durante siete días, con llave, y a los siete días, ábrelo.

Entonces se fue el viejito y el hombre fue a su casa y guardó el hacha con llave; a los siete días, lo abrió y salieron borbollones de dinero. Entonces, había un rico que tenía mucha envidia por el gran hallazgo que había hecho el hombre pobre. Entonces, aflojó su hacha y fue. Antes le preguntó dónde había obtenido tanto dinero y le dijo el hombre pobre que, lo había obtenido cuando . . . guardando una hacha en un cofre, durante siete días con llave que le había sacado un viejito.

Entonces el hombre aflojó su hacha y se fue a cortar el mismo palo; a los tres hachazos se fue el hacha al río también. Y venía pasando el mismo viejito y le preguntó otra vez:

—¿Por qué lloras, m'ijo?

—Porque se me ha caído el hacha al río —le dijo el rico, verdá?

Entonces le dijo.

—No te preocupes, yo te la sacaré.

Se quitó la ropa y se tiró al agua. Primero sacó la de plata y le dijo:

—¿Es ésta?

—No —le dijo.

Sacó la de bronce.

—¿Es ésta —le dijo

—No —le dijo

De allí sacó la de hierro.

—¿Es ésta? —le dijo.

—No —le dijo

De allí sacó la de oro.

—¿Es ésta? —le dijo.

Sí —le dijo.

Entonces, al salirse del agua le dijo:

—Guarda esta hacha durante siete días en un cofre con llave, y a los siete días, ábrelo.

Entonces se fue el hombre rico, corriendo y lo guardó con llave. A los siete días, lo abrió y le salió el montón de avispas y lo picó todo.

Allí terminó la ambición del rico." (Inf. 1)

2. El pedazo de plomo

"Eran dos amigos y uno era amigo proporcionado y el otro era pobre, sólo vivía de su trabajo y tenía familia. Entonces un día que (el rico) lo vio, le dijo que lo quería ayudar, él tenía panadería y varios negocios y le dijo que fuera todos los días a traer un pan. Pero llegaba también otro amigo a recoger un pan y tenía menos familia, y a ese que era más amigo le introducía una moneda de valor y al otro le ponía otra moneda, pero el pan más grande. Y entonces le dice:

—¿Y ustedes cuántos son?

—Somos cinco

—Nosotros somos tres, cambiemos el pan.

Cambiaron el pan y aquel llegó contento con su pan y donde lo partieron vieron que llevaba una moneda y con eso, pues comían ese día.

Así pasaron mucho tiempo y en la salida cambiaban el pan y el otro ingrato no le decía nada. Pues cuando calculó el amigo (el rico) que ya los había ayudado, le dice:

—Ve amigo, ya mañana no le voy a dar porque ya lo ayudé bastante.

—Está bien.

Después lo volvía a encontrar, siempre la misma situación y le dice:

—Yo le he ayudado y siempre está igual.

Pues le contó:

—Ay —le dice (el rico) tome este dinero para que ponga su negocio y se ayude.

Y le dio una bolsa de dinero y él se fue a la casa. Pero no le dijo nada a su mujer y en una cubeta que tenía lo puso, sacó un poco y guardó lo demás, y le echó ceniza encima; y con ese poquito se estuvieron ayudando. En eso que se le terminó y cuando llegó a la casa a buscar la cubeta no encontró nada, y le dice a la mujer:

—¿Bueno, y la cubeta que estaba allí, qué se hizo?

—Ah —le dijo— pasó uno comprando ceniza y como yo tenía necesidad porque ya se me terminó el dinero que me diste la vendí.

— ¡¡Ay!! para qué la vendiste si allí tenía yo dinero escondido.

—Pero me hubieras dicho; sino que no me dijiste nada y yo no sabía y los hijos tenían hambre.

—Bah, qué se va a hacer.

Siguió pues trabajando él.

Y volvió a encontrar al amigo y le dice:

—¿Bueno, y el dinero que le di?

Le contó lo que había pasado.

—Ay, es que no creo. Le vuelvo a dar, tome pues.

Y le volvió a dar otra bolsa de dinero. Entonces él se fue feliz y compró una canasta, y fue a comprar carne y la puso en la canasta, se llevó la canasta así, puesta en el brazo, pegada al hombro como hacen las mujeres; pero en eso iba ya, —como vivían fuera del pueblo—, cuando iba pasó un águila y agarró la canasta y se fue volando, se llevó la carne y el dinero que llevaba en la canasta.

—Ay, qué mala suerte tengo, —dijo— yo que iba feliz con el dinero y la carne, y ahora qué voy a hacer.

Llegó a su casa y le contó a la mujer:

—Ay —le dijo— pero cómo se te ocurre ponerte la canasta ahí.

—Es la mala suerte.

Y siguió pues trabajando en lo que le salía. Cuando volvió a encontrar al amigo y le dice.

—Bueno amigo, yo tanto que lo he ayudado y usted siempre en la mala situación.

Y le contó.

—Ay, le dijo, es que no creo. Bueno, tenga este pedazo de plomo, para algo le ha de servir.

Cuando llegó, tiró el pedazo de plomo abajo de la cama; y siguió como siempre buscando trabajo, como siempre.

Una vez llegó un señor buscando un pedazo de plomo para arreglar una su atarraya para pescar, era pescador; llegó a una casa y dice:

—¿No tiene un pedazo de plomo que me venda?

—Ay no, tal vez en la otra casa.

Tampoco. Y le dice ella:

—Tal vez en la casita de ahí enfrente.

—Ay —le dijo— no tienen ustedes, menos van a tener en ese rancho.

—Tal vez —le dijo— vaya a probar.

Se fue, fue él y le dijo;

—Señora, ¿no tiene un pedazo de plomo que me venda?

—Ah, sí, hay uno aquí, lléveselo.

—¿Y en cuanto me lo da?

—No, no vale nada, lo único que le pido es que el primer atarrayazo que saque es mío.

—Está bueno —le dijo el señor.

Y como era hombre honrado, se fue al río y tiró la atarraya, y en el primer atarrayazo sacó un pescadón. Entonces ese se lo llevó. Y la señora qué agradecida, se fue a arreglar el pescado y cuando lo abrió tenía un diamante grande. Vino ella y lo guardó, pero en eso uno de los niños se lo sacó para jugarlo y pasó un joyero, tocó y le dijo:

—Señora, ¿me vende ese diamante que tiene el niño?

—¿Cuánto me da por él?

—Le doy unos tres mil pesos.

—Ah no, no lo vendo, le dijo.

Se lo quitó al niño y lo guardó:

—Esto vale más.

Se fue a una joyería y dijo:

—¿Señor, cuánto vale este diamante?

—Ah, esto vale como unos cinco mil, le dijo.

Entonces no lo quiso vender, se fue a otra y en la otra le dijeron que le daban diez mil, entonces allí lo vendió y con todo ese dinero se fue y cuando llegó el marido le dijo:

—Ve —le dijo.

Y le enseñó los diez mil.

—¿Y de dónde sacaste ese dinero?

—Ah, del pedazo de plomo —le dijo.

Y le relató cómo había sido.

—Ah, entonces nos vamos de aquí.

Se fueron de ese pueblo y se fueron a comprar una casa, compraron una finquita y se puso él a trabajar, compró ganado y la señora pues trabajaba también, pusieron una tienda y les fue muy bien porque fueron para arriba y para arriba. El se volvió tan rico que puso sirvientes hasta con librea y el que llegaba a visitarlos tenía que pasar su tarjeta en un azafate de plata. Y una vez pasó (el rico) por la casa y vio aquella casa que era un palacio con el nombre de él allí grabado en la puerta, dijo:

—Y éste me engañó, dijo que no le había servido mi dinero y ve qué casa la que tiene.

Tocó (la puerta):

—¿Está don Fulano de Tal?

—Sí —le dijo— ponga aquí su tarjeta —le dijo el sirviente.

Entonces puso él su tarjeta de presentación. Entró el sirviente. Cuando leyó la tarjeta:

—Ah, que pase adelante, él es mi amigo, no necesita de tarjeta.

Y empezaron a platicar y le dice:

—Y bueno amigo —le dice— y verdad que usted me engañó, que sí le sirvió el dinero que yo le di y me mintió.

—No —le dice— yo no le mentí, tal como le relaté, así fue. Así es

que lo invito a que se quede a almorzar, vamos a cacería, tal vez que encontremos más cosas. Le voy a relatar todo, como fue.

—Está bien —le dijo.

Se quedó a almorzar allí, ¡aquel banquete que le dio! Pues después del almuerzo se fueron y cuando iban en el camino, en una casuchita vio la cubeta y le dice:

—Mire —le dice—, esa cubeta era mía, donde tenía el dinero, el primer dinero que usted me dio.

—¡De veras! —dice.

Y la casa estaba abandonada, le dieron vuelta a la cubeta y cabalmente ahí estaba la bolsa de dinero.

—Mire, éste fue el primer dinero que usted me dio, pero a ver cómo está aquí todavía.

Y de allí, siguieron caminando y en eso, en un árbol bien alto vio la canasta y le dijo a un sirviente que se subiera al árbol a bajar la canasta y la bajaron. Cabalmente allí estaba el dinero, sólo la carne se comieron los animales y ahí estaba la canasta con el dinero y bajaron la bolsa de dinero.

—Ya vio que no le mentí, y este dinero me previno del pedazo de plomo que usted me dio.

Le contó todo como había sido. Y así fue como se quedaron grandes amigos y él quedó convencido que así había sido y allí terminó." (Inf. 2)

3. La Riqueza y la Fortuna

"Había un hombre que la Riqueza había pensado ayudarlo. Y pasó la Riqueza y en ese tiempo se usaban talegos de dinero, y esta Riqueza pasó con el hombre y le dejó un talego de dinero para que este hombre lo multiplicara, lo hiciera riqueza.

Siempre la riqueza, por su envidia, pasaba a invitar a la Fortuna

para que pasearan juntos en su corcel que la Riqueza tenía.

Al año de haberle dado el talego de pisto al hombre, regresaron por el mismo lugar a ver cómo iba el ayudado de la Riqueza y lo hallaron pobre porque él, en ese tiempo que la Riqueza le había dado el talego de pisto no se había dado el trigo, y como la mujer era ambiciosa y todo, él tenía dos cántaros de trigo guardados para sus próximos cultivos del próximo invierno. Y entre uno de los jarros de trigo escondió el talego de dinero porque tenía miedo de perderlo para cuando viniera la Riqueza al año a cobrarlo, pues él tenía el talego de pisto entero, aunque no lo usara.

Pasaron dos finqueros buscando semilla de trigo y le preguntaron a la señora montados en sus mulas:

—Señora, ¿usted no tiene trigo que nos pudiera vender lo que tuviera? ; se lo pagamos bien.

—Pues cómo no, dijo ella.

Y le tendió los dos jarros de trigo, no sabiendo la mujer que en el jarro de trigo estaba el talego de dinero.

Cuando regresaron al año, otra vez la Fortuna y la Riqueza paseando pasaron a ver al amigo, y la Riqueza se enojó de ver que el hombre no tenía ni el talego de dinero, ni progreso, ni nada y se enojó y le dejó otro talego de dinero. Entonces el hombre ya no lo quiso esconder en la casa, no que en su saco y se fue al mercado a comprar su semilla de trigo y su provisión para trabajar el año y para empezar a formar sus trabajos de agricultura. Como hacía mucho calor en el mercado, él cargaba una carreta con bueyes y en una estaca de la carreta **guindó** su saco. Pero como en ese tiempo de que empezaba la primavera anidaban los aguiluchos y el aguilucho busca ropa para nidos o cualquier cosa vieja que halla por allí. Y el aguilucho se fijó que la chaqueta del hombre ondeaba en las estacas de la carreta, y se dejó venir de picada, ¡run! y se llevó el saco del hombre con el otro talego de pisto que le había dejado la Riqueza.

Al año regresó otra vez la Fortuna con la Riqueza a ver al hombre que estaba ayudando la Riqueza. En la regresada del año, la Riqueza halló al hombre en peores estados, en pobreza y escondiéndosele el hombre, pero al fin como Riqueza, Riqueza, sacó al hombre, lo pateó e hizo lo que la Riqueza quiso y el hombre se quedó llorando.

Entonces le dijo la Fortuna:

—Ahora yo voy a ayudar a tu hombre que vos tanto luchaste por ayudarlo, yo te lo voy a ayudar. Aquí te voy a dejar —le dijo la Fortuna (al hombre)— este pedazo de plomo para que hagás vos tu riqueza.

—¿Cómo creés —le dijo la Riqueza— que yo, dejándole dos talegos de pisto, no pudo hacer riqueza, vos le vas a dar riqueza con un pedacito de plomo?

—Pues sí —le dijo— yo le voy a dar este pedacito de plomo.

Y se fueron:

—Entre un año venimos a ver cómo está este hombre con el pedacito de plomo que yo le di —dijo la Fortuna.

Se fueron la Riqueza y la Fortuna en su gira de paseo. Y al día siguiente la vecina de la señora estaba en estado interesante y estaba ansiosa de un pescado, de comerse un pescado y el hombre (el marido) tenía anzuelo pero no tenía plomo para el anzuelo. Llegó la embarazada a casa de la vecina y le dijo:

—Vecina, venía a suplicarle, si por algún caso, usted no tiene un pedacito de plomo que me regalara para un anzuelo. Tengo deseos de comer pescado, mi marido tiene anzuelo pero no tiene plomo.

—Ayer pasaron dos señoras, la Riqueza y la Fortuna, y la Fortuna nos regaló este pedacito de plomo. Así se lo voy a regalar yo a usted para que su marido vaya a agarrarle sus peces, que usted tiene deseos de comerse un pez.

—Ay cuánto le agradezco, vecina. Le prometo que el primer pez que agarre mi esposo, se lo vengo a regalar a usted en recompensa del pedacito de plomo que me ha regalado.

—Ah, muchas gracias vecina.

Se fue la vecina. Al rato la vecina de regreso:

— ¡Vecina, vecina! ya mi esposo vino de pescar. La pesca está

buena y mire este pescadón feo grande fue el primero que agarró.

La señora agarró el pez, lo limpió, sacó la pelotita, adentro del estómago estaba la pelotita del diamante que cargaba el pez, y se lo dio a un su patojo para que jugara.

Pero como ya era cuestión de que la Fortuna iba a ayudar al hombre, pasaba en esos días un comprador de moneditas de plata, cositas así antiguas, un joyero. Y se dio la sorpresa de que el patojito jugaba con un diamante de los más valiosos del mundo y le dijo a la señora que si quería dos talegos de pisto por el diamante, por la pelotita. Le dijo la señora que no lo vendía porque a su patojito le encantaba jugar con esa pelotita y que no lo vendía porque no quería que su patojito llorara.

Vino el hombre y le dijo que le daba cinco talegos de pisto por la pelotita, le dijo la señora que no.

—Pues mire, diez talegos es una carga de pisto. Le voy a dar treinta talegos de pisto por la pelotita.

Dijo la señora que no porque la pelotita era de su patojito y ella no quería que su patojito llorara y que ella no lo podía hacer jugar con talegos de pisto porque la pelotita era la que él quería. Entonces le dijo el hombre que la pelotita se la vendiera y que le iba a dar toda su riqueza y que él tenía aproximadamente unos sesenta mil talegos de pisto y que se los daba por la pelotita.

—Así sí, aunque llore mi patojo —dijo la señora— se la puedo dar.

Y le dio la pelotita y el hombre le dio todo su capital en efectivo.

Cuando llegó el esposo de su trabajo halló a la señora ahí con aquella grosería de talegos de pisto y le dice:

—Fíjate que yo regalé el pedacito de plomo que te dio aquellas mujeres.

—¿Y por qué lo regalaste?

—La vecina está en estado interesante y desea un pescado y su marido tenía anzuelo pero no tenía plomo, yo se lo di y me prometió

regalarme un pescado y allí lo tengo ya listo para comer. Y el pez traía una pelotita y pasó un hombre y me dio toda su riqueza y mirá qué pistarrajal que tengo aquí —le dijo.

Y aquel hombre recontento con la mujer, no hallaba qué hacer. Pues agarró él y le dijo:

—De ahora en adelante vamos a trabajar, yo voy a comprar una finca. Dicen que unos ricos que hay allí finqueros están desesperados y venden la finca en treinta talegos de dinero y la voy a ir a comprar pero primero voy a ir a comprar un mi caballo.

Fue a comprar un su caballo para llegar montado porque era el transporte favorito. Y se fue en su caballo a la finca y preguntó que si era cierto que los señores vendían la finca. Dijeron que sí, que la vendían.

—¿Y cuánto querían?

Dijeron que treinta talegos de pisto, y les dio los treinta talegos de pisto.

Y llegó él a empezar a organizar la finca. En la organizada de la finca halló el jarrito donde él había guardado el primer talego de pisto que le había dado la Riqueza. Allí llevó el talego de pisto y ya él con el pisto, allí compró un arma, ya salió a cacería a cazar nidos de aguiluchos, y en la punta de un gran árbol estaba un nidón de un aguilucho, dijo:

—Ese nido me lo bajo, dijo.

Y dice para arriba a bajarlo, allí estaba la chaqueta que le había robado el aguilucho con el otro talego de pisto.

En esos días ya se estaba cumpliendo el año de plazo que tenía que regresar la Fortuna y la Riqueza a pasear. Venían pues, en el mismo corcel pues la Fortuna no tenía en qué salir a pasear y la Riqueza sí tenía. Y venían en el corcel otra vez paseando, llegaron a buscar al hombre donde lo habían dejado y no lo hallaron. Los vecinos dijeron que ellos se habían hecho ricos del día a la noche y que no sabían cómo, pero que eran ricos, y que una mujer les había regalado un pedacito de

plomo y que de allí le había prevenido la Riqueza y que el hombre era inmensamente rico y que en la finca de las orillas del pueblo vivía.

Y se fueron a la finca y hallaron al hombre ya con grandes cantidades de ganado, grandes trojas de trigo y qué se entiende, una finca ya en producción y un señor amo de la finca. Entonces la Riqueza se enojó con la Fortuna porque le dijo que cómo era posible que ella dándole el puro pisto a ese hombre para que trabajara no había prosperado y que por qué ella que sólo le había dado un pedacito de plomo, sí había prosperado.

En ese momento que estaban en esa discusión salió el hombre y le dice a la Riqueza:

—Mire, aquel día, usted me pateó, me pegó, pero el jarro aquí está con trigo, aquí tenía yo escondido el primer talego de pisto que me había dado usted para que yo trabajara. Cuando me dio el segundo talego de pisto yo fui al mercado a comprar mis provisiones y los aguiluchos estaban anidando y me robaron el saco con el otro talego de pisto. Aquí están sus dos talegos de pisto que me dio. Pues, a la señora aquí que me regaló el pedacito de plomo no se lo puedo devolver porque mi señora lo regaló, y de ahí nos provino que hallé una inmensa riqueza con este pedacito de plomo. Estoy muy agradecido de la señora aquí (la Fortuna) —dijo el hombre— y quería yo recompensarla en algo o en parte de lo que tengo a esta señora.

Y le dijo la Fortuna que no porque ella no necesitaba más fortuna que la que tenía, que la Riqueza ciertamente era rica pero que ella era la Fortuna y ella era la afortunada y que nadie en este mundo podía ser rico sin fortuna. Porque la riqueza era una y tener fortuna era otra. Allí termina el cuento." (Inf. 3)

4. Los tres estudiantes

"Habían tres jóvenes que estudiaban en el mismo colegio, y cuando llegó el tiempo que terminaron su estudio se retiraron, caminaron un trayecto algo largo acompañados. En el colegio se hicieron amigos y se quisieron como hermanos; y le dicen dos que eran del mismo lugar al otro, de otro lugar:

—Mirá hermano, lo mismo que nosotros estudiamos, eso mismo estudiaste vos. Nosotros, como somos compañeros del mismo lugar y vos sos de otro, te vas a ir solo, nos vamos a separar, pero lo que te suplicamos es que conforme llegués a tu lugar, vé qué hacés para ver si conseguís empleo para trabajar y ganarte la vida que te sirva de algo lo que estudiaste porque nosotros así pensamos hacerlo.

Se despidieron y se fueron cada uno a su lugar. Los dos que eran de un solo lugar y el otro que era de otro lugar. Aquellos dos que eran del mismo lugar se concretaron en la inteligencia de ver si se empleaban. En efecto, encontraron empleo, los dos. Y aquel que era solo, llegó a su tierra y se preocupó de sólo descansar y al largo rato se encontró con los dos compañeros. Aquellos jóvenes andaban montados en buenas mulas, de buen traje. Le dijo uno al otro:

—Mirá vos, aquel que viene allá parece que fuera Julano.

—Ah no se puede creer que sea él —le dijo el compañero— porque Julano debe andar bien trajeado porque fijáte que lo mismo que nosotros estudiamos, él estudió, y debe andar por lo menos un poco más arreglado y ese que viene allí, viene de altiro distraído.

Iban acercándose y acercándose hasta que se reconocieron ya de cerca y le dicen:

—¿No sos vos Julano?

—Sí muchá, yo soy Julano.

Se apearon de sus bestias, y se fueron y lo saludaron, y le dijeron:

—Hermano, por Dios, qué te pasa, no has hecho por ver en qué te empleás, si vos podés. Vos podés desempeñar cualquier cargo, igual como nosotros, en cualquier oficina podés trabajar. ¿No has buscado?

—Ay muchá, de mala suerte porque yo no he podido encontrar.

—Ah —le dicen ellos— es que no has buscado de altiro, de altiro estás preocupado a saber en qué debilidades

Le dice un compañero al otro:

—Mirá hermano, qué hacemos con nuestro compañero. Anda muy decaído, regalémole ochocientos pesos.

— ¡Regalémole! —dijo el otro.

Le regalaron cuatrocientos pesos cada uno y le dicen:

—Bueno, con estos ochocientos pesos te arreglás algo y ve qué puesto conseguís para trabajar. Otra vez que te encontremos queremos que andés un poco arregladito.

Se despidieron de él y se fueron. El lo que hizo fue que en un pedazo de sombrero que cargaba, allí echó los ochocientos pesos. En el camino le dieron ganas de ir a hacer sus necesidades, dejó su sombrero en el camino y se metió al monte. Cuando regresó no encontró el sombrero, y dijo él:

—Mi sombrero no está, qué se haría, mi dinero se perdió. Al cabo que no me costaba nada —dice él mismo— me lo habían regalado, vaya.

Llegó a su casa y le dice a la mujer:

—Fijáte que me encontré con mis amigos.

—¿Y qué te dijeron?

—Ah, no sólo me dijeron sino que me dieron.

—¿Qué te dieron?

—Me regalaron ochocientos pesos, cuatrocientos cada uno, y me dijeron que buscara empleo para trabajar, que les era vergonzoso representar como su amigo ante el público en cualquier lugar; pero andando arreglado no les era vergonzoso, fue lo que me recomendaron. Y fijate que me dieron ganas de ir a hacer mis necesidades y dejé mi sombrero en el camino y cuando salí a recoger mi sombrero no estaba.

— ¡Ay! —le dice la mujer— qué cabeza la tuya Julano, lo que estudiaste en qué te sirve, pué.

—Ah, pues sí, pero qué he de hacer, al cabo que el dinero no me costaba nada, era que me lo habían regalado. El sombrero, era sombrero viejo, era un pedazo ya, allí nada más tenía el dinero, pero ni el sombrero ni el dinero estaban, se perdió, se perdió.

El, conforme. Al largo tiempo lo volvieron a encontrar los mismos amigos, andaba más peor todavía y le dijeron:

—Julano, ¿no sos vos Julano?

—Ay muchá —humillado siempre— yo soy Julano.

—¿Pero qué te pasa hombre, que no has prosperado nada?

—Ah, fíjense, les cuento muchá, que aquel día que me regalaron aquellos ochocientos pesos, en la ida para mi casa me dieron deseos de ir a hacer mis necesidades y me metí al monte dejando mi sombrero en el camino y cuando regresé no estaba ni el dinero ni el sombrero, así que se perdió.

— ¡Ay cabecita la tuya, hermano, por Dios! —le dijeron ellos—. Qué podemos hacer con vos; un hombre electo, competente, que puede desempeñar cualquier puesto y andar en esta tristeza que andás. A nosotros nos es vergonzoso que digás que sos amigo y compañero de nosotros. Mirá, qué le regalamos —le dice uno al otro.

—Regalémole esta marqueta de plomo —dice uno de ellos.

—Regalémosela.

Y le regalaron una marqueta de plomo. Ai ve vos en qué lo ocupás.

Entonces dice él:

—Ni tirador soy para poder ocupar plomo, pero en fin, me regalan esto mis amigos, me lo llevo.

Se despidieron de él y se fue él a su casa y le dice a la mujer:

—Mirá, me encontré con mis amigos otra vez y me hicieron ciertas preguntas y un reclamo, me avergonzaron, me da pena, pero qué puedo hacer. Yo les dije que el dinero se me había perdido en la forma como se me perdió y me dijeron ellos que qué hacía con lo que había aprendido, la viveza que existía en mí, lo merezco, qué se ha de hacer digo yo.

—Ay —le dice la mujer— ni por tanto que tus amigos te quieren y ven de qué manera vos podés prosperar en algo, y vos no apreciás nada, qué suerte será la tuya.

—Ah, Dios tal vez así lo quiere —dijo él conforme.
—Pero debes tener un poco de inteligencia —le dijo ella.
—Ah, mirá esta marqueta de plomo que me dieron para juguete de los niños.

Ellos ya tenían muchachitos, y aquella marqueta de plomo la cargaron en el patio, de juguete, ahí rodándola un largo tiempo. Allá de repente pasa un comerciante y le dice:

—Señor, esta marqueta de plomo, ¿no me la vende?

—Ah no, es juguete de mis hijos, no tengo cómo comprarles juguetes finos pues, siquiera esa rueda andan rodando, con eso se divierten ellos.

—Vaya, está bueno, pué.

No se la quiso vender, siguieron ellos jugando con la rueda. De repente vuelve a llegar otro hombre, un poco apresurado.

—Señor, en sus inteligencias que ha tenido —le dijo— ¿no tiene usted en su tiempo que ha guardado cosas, una marqueta de plomo para que me la venda?

Pues mire, había una marqueta de plomo por aquí, de juguete de los patojos, si está por aquí pues cómo no, se la doy y que le sirva.

Y la buscaron, por allí estaba pué.

—Aquí está, mire.

—Aaah —le dice él, era un pescador— señor, usted tiene aquí lo que yo necesito, cuánto quiere por esta marqueta de plomo.

—No quiero nada señor, a mí me la regalaron pué, yo se la puedo regalar a usted también.

Y se la regaló. El pescador le rindió las gracias y se fue, emplomó una su atarraya e inmediatamente se fue al río a pescar. La atarraya quedó bien arreglada con el plomo que él había encontrado, y en el primer atarrayazo que tiró, le cayó un semejante pescado, luego se acordó él y dijo:

— ¡Ah, hermosura de pescado el que me cayó, mi atarraya quedó bien emplomada como para que se lo llevara aquel señor que me regaló el plomo . . . !

Y siguió pescando y agarró más, pero pescado mediano. Ya que juntó algo, se fue a la casa y le dijo a la mujer:

—Mirá que preciosidad de pescado me cayó en el primer chamarrazo que tiré, le dijo, me quedó mi atarraya buena. Y yo he estado pensando llevarle este pescado al hombre que me regaló el plomo.

—Vos sabés lo que hacés —le dijo la mujer. Desde luego, así lo pensás, lleváselo.

—Arreglá ese pescado para hacer el caldo —le dijo él, yo me voy corriendito a dejarle éste su pescado, que haga su caldo de pescado fresco.

El, contento, emocionado se fue a dejarle el pescado a aquel hombre que le había regalado el plomo. Le dijo:

—Señor, vine a verlo y después de verlo le traje este pescado.
—Ay señor, Dios se lo pague.

—Porque con el plomo que usted me regaló emplomé mi atarraya y fue el primer pescado que me cayó cuando yo me fui al río a pescar y me acordé de usted y se lo traje para que usted también pruebe el pescado.

—Muchas gracias señor, Dios lo bendiga.

Y le dice él a la mujer:

—¿Ya viste? que por eso es que hay que hacer favores, si la marqueta de plomo se la hubiera yo vendido, este hombre no nos hubiera regalado este pescado, pero como le regalé la marqueta de plomo, él luego se acordó de mí para que también nosotros probemos el pescado.

—Sí —le dijo la señora—, es cierto.

Bueno, y en la abierta del pescado, en la cabeza le halló una piedra,

una semejante piedra que no sabía él qué era, pero sí parece que se iba llegando la hora de su entendimiento, de su suerte. Dijo él:

—Ve, qué piedra tan preciosa la que tiene este pescado aquí en la cabeza. Esta piedra la vamos a ocupar para juguete de los niños.

Era toda su preocupación de él, los juguetes para los niños. Bueno, el pescado se lo comieron pero la piedra quedó rodando allí entre los juguetes de los **patojos**. Bueno, así que se cansaron de jugar aquella piedra, **de repente** pasa un comerciante y les dijo:

—Señores, ¿me dan permiso para descansar un momento?
—Cómo no, señor.

Porque la educación, él nunca la perdió.

—Pase adelante y descansa.

En eso el comerciante **vido** la piedra, la levantó y la limpió y la **vido**.

—Señor —le dijo— qué preciosa piedra tiene, ivéndamela!
—Ah, —no— le dijo él.
—Le doy cien pesos por ella.
—No, sólo que me dé doscientos pesos sí.
—Ah no, doscientos pesos no le doy, cien pesos sí le doy. Donde le pueden dar doscientos pesos es en tal lugar.

Allí le dictó el lugar:

—Allí hay dos joyerías donde trabajan toda clase de metal, vaya a proponerla que tal vez allí sí se la compran.

Bueno, entonces —digo yo, a mi modo de pensar que ya la hora de la suerte se le iba acercando—. Y le dice él a la mujer, así que el comerciante se fue:

—Yo voy a ir a donde me dice este señor, a proponer esta piedra.
—Vos sabés lo que hacés —le dice la señora.

Y se fue. Llegó a la primera joyería y dijo:

—Señor, vine aquí con **usté** a que me vea esta piedra, a ver si me la compra.

—¿Qué clase de piedra trae?

—Aquí está, mire.

Vino el dueño de la joyería y se dio una palmada en la frente y dijo:

—Señor, usted carga aquí un tesoro, no me alcanzan dos joyerías que hay aquí en este lugar, ni dándole la finca tal.

El (el joyero) tenía una gran finca, con tantas cabezas de ganado, tantas bestias y tantos mozos:

—Dándole esas tres cosas no me alcanza para comprarle esta piedra.

Porque la piedra era un diamante y él no lo había entendido que eso era, pero el dueño de la joyería sí lo conoció:

—Solamente que quiera **usté**, hacer una permuta conmigo: le doy las dos joyerías y la finca tal, por esta piedra. Sólo saco yo de aquí mi ropa y mis cositas que más me interesen.

Y entonces así lo hicieron, dijo él:

—Siendo así, quién me da más por esta piedra, tal vez no voy a encontrar, voy a convenir.

Convino en que le dieran las dos joyerías y que le diera la otra finca, por la piedra. Buscaron autoridades para hacer los documentos y traslados, de manera pues que él se hizo recibo de las tres cosas y se fue a recibirlas; buscó la mejor mula y se fue de regreso a ver a su familia. Diciendo estaban sus hijos:

—Mamá ¿y mi papá cuando irá a venir?

—Ay, tu papá, saber qué tal le fue, a saber cómo anda este pobre hombre por ahí.

—Ay, pero mire mamá aquel hombre que viene en aquella mula parece que fuera mi papá.

—¿Y agora m'hijo —le dijo la señora— cómo vas a creer que tu papá viniera en una mula, pues si ya sabés cómo se fue de pobre . . . ? ¡Y para que venga en mula. . . !

—Ah, pero parece a mi papá.

Y se hicieron a la puerta, todos los niños a mirarlo venir y la señora también, la esposa. Y él se fue acercando.

—Ah, ¡¿verdad que es mi papá?!

—¡Sí pues, él es! —dice la señora.

Llegó y les dijo:

—¿Qué tal están hijos en estos días que yo no he estado? ¿Y vos qué tal estás? —le dijo a la esposa.

—Pues nosotros estamos bien, ¿y a vos qué tal te fue?

—Pues a mí me fue bien, por la gran voluntá de Dios, porque la piedra la cambié por las dos joyerías y una finca, con tantas cabezas de ganado y tantos mozos, tantas bestias y todo —le informó—. Así es, le dijo, que vine a levantarlos, nos vamos para allá.

Ya él venía en otro traje.

—Ah pué nos vamos.

Levantó su familia y se fue con ellos. Le gustó más la finca para vivir que las casas donde tenía las joyerías y entonces a los pocos días se encontró con sus mismos amigos y le dijeron:

—¿No sos Julano vos?

—Como no.

El ya andaba con otro semblante porque él andaba montado en una buena mula, de otro traje:

—Así te queríamos ver.

Y se abrazaron y todo:

—Así te queríamos ver, ¿qué tal te ha ido, bien?

Pues, ay, les contó la historia de lo que le había pasado y le dijeron:

—Vaya, así queríamos verte, mirá, damos gracias a Dios y te felicitamos y vamos a ir a verte a donde vos vivís.

—Pues los espero, ¿qué día van?

—Tal día vamos.

—Pues allá los espero.

El invitó sus amistades y aquellos se llevaron sus amistades también, de manera que les preparó un buen banquete y fue un momento de alegría el momento que llegaron sus amigos. Y en el patio había un árbol, elevado, copado de ramas y les dijo él:

—Salgamos afuera a sombreamos un momento, a que nos ventile la brisa.

Puso a los criados que sacaran las sillas afuera y salieron y estando allí descansando miraron así el árbol, para arriba, y vieron que había un nido, y dijo:

—Allí se vé un nido, a saber de qué ave será, yo no lo había visto, hasta ahora lo estoy viendo. Yo me voy a subir a bajar ese nido a ver qué es lo que hay.

—Ah, pero está peligrosa la subida.

—No, yo me subo —dijo él.

Y se subió al árbol y encontró el nido y dos pichoncillos y como pudo bajó el nido, y el nido era su sombrero aquél que se le había perdido en aquella época, cuando sus amigos le regalaron los ochocientos billetes. Entonces dijo él:

—Este es mi sombrero que se me perdió en aquella época. Voy a satisfacer a mis amigos que sí es verdad que mi sombrero se me había desaparecido para que no digan que es mentira y crean de que sí es verdad.

Como pudo bajó el sombrero y les dijo:

—Amigos —les dijo— este es mi sombrero que se me perdió en aquella época cuando nos encontramos la primerita vez y me regalaron ustedes los ochocientos billetes.

—¿Lo conocés que él es?

—Sí, lo conozco que él es.

—¿Y el dinero?

—Ah, el dinero éste es. Yo conozco que éste es el dinero que ustedes me dieron.

—¿Y los pichoncillos, de quién serán?

—Ah, los pichoncillos, sin la menor duda, son del aguilucho.

Porque habían personas dentro de ellas que conocían a los aguiluchos y dijeron:

—Estos son pichoncillos de aguilucho.

Entonces confirmaron la razón de que, al tiempo que él estaba haciendo sus necesidades, el aguilucho pasó y vido el sombrero y lo levantó y se lo llevó a ponerlo en aquel árbol para criar sus pichoncillos. Entonces digo yo que la suerte le llega al cristiano hasta que se llegue el momento que Dios se lo destina, y por eso sufrió todas esas consecuencias y teniendo encuentros con sus amigos en aquella pobreza que él andaba hasta que llegó a ser feliz con aquella piedra que había encontrado en la cabeza del pescado. Pero el principio de su vida fue el estudio con los dos compañeros estudiantes. Por eso decimos el caso de los tres estudiantes, terminación." (Inf. 4).

Datos biográficos de los informantes

1 Marco Alfredo Cordón Chacón

Nació en Río Hondo, Zacapa. Tiene 16 años de edad. Es hijo de Marco Antonio Cordón y de María Magdalena Chacón. Marco Alfredo es estudiante. Los cuentos que sabe se los contó su abuelito.

2 María Graciela González Vargas

Nació en Esquipulas, Chiquimula. Actualmente vive en la ciudad capital.

3. Ricardo Dardón Rivas

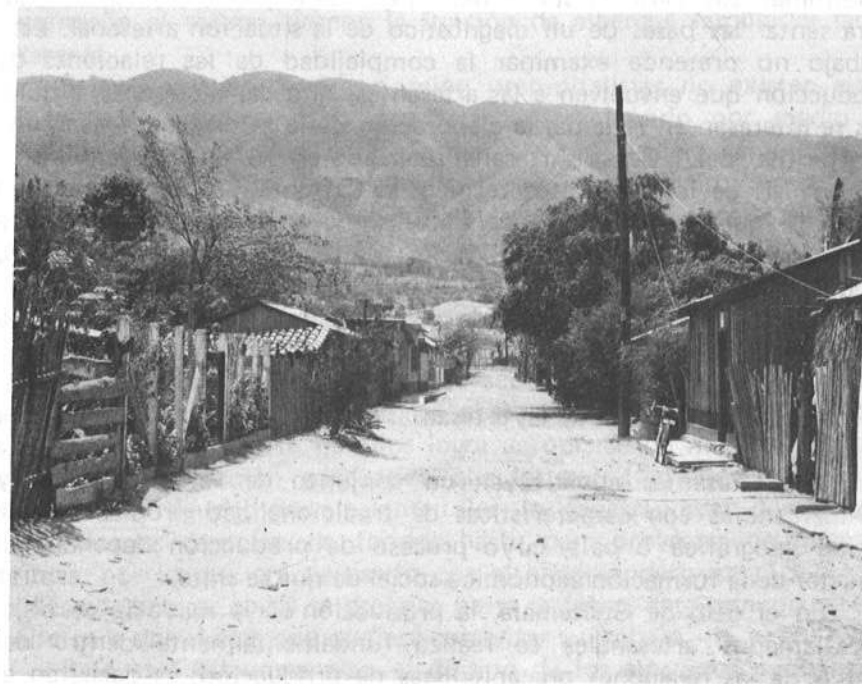
Tiene 39 años de edad. Nació en la aldea Agua Salóbrega, Sanarate, El Progreso. Asistió únicamente dos años a la escuela. Luego se puso a trabajar, su oficio fundamental es la agricultura, también trabaja quemando cal y ha trabajado como chofer. Vivió catorce

años en Tiquisate, ha vivido también en Petén, en donde se dedicaba al corte del shate y donde aprendió el cuento. Explicó don Ricardo que cuenta sus cuentos en los velorios, con un auditorio hasta de unas sesenta personas.

4 Gregorio Morales Mayorga

Tiene 67 años de edad. Nació en la aldea Piedras Blancas (San Cristóbal Acasaguastlán, El Progreso). Allí vivió aproximadamente 50 años, luego se trasladó a la cabecera de dicho municipio y nunca ha vivido fuera del mismo. Nunca fue a la escuela y no sabe leer y escribir.

Es campesino, siembra milpa, frijol y caña. Don Gregorio vive solo, no tiene familia. Actualmente vive en la aldea Estancia de la Virgen (San Agustín Acasaguastlán). Los cuentos que sabe los aprendió cuando era muy joven.



Camino y caseríos del Oriente de Guatemala, cuna de cuentos y leyendas populares. (Fotografía: Manuel Guerra Caravantes).